

***EL PERSONAJE DEL ANCIANO EN LA NOVELA DE
MIGUEL DELIBES***

ISABEL VÁZQUEZ FERNÁNDEZ
Madrid. Universidad de San Pablo (C. E. U.)

El universo narrativo de Miguel Delibes se asienta en unos temas recurrentes, de cuya totalidad podría sustraerse un extracto común: la preocupación por el hombre y los males que le aquejan. Sin lugar a dudas, este punto de partida revierte en la prioridad de los personajes, principal centro de atención para el novelista. De la diversidad de éstos – medio socio-cultural, oficios y profesiones, sexo, etc. –, la condición de la edad como variante, pronto ha atraído la atención de la crítica: son numerosos los estudios del mundo infantil o sobre el hombre adulto. No obstante escasean los trabajos acerca del personaje anciano en la novelística de Delibes. Por añadidura, la soledad del hombre y el miedo a la muerte, temas recurrentes en la narrativa del autor, es en la ancianidad cuando se radicalizan e intensifican.

Con rango no protagonista, el personaje del anciano aparece a lo largo de toda la trayectoria literaria del novelista; es, en tales casos, un mero telón de fondo con carácter funcional: claros ejemplos serían la señora Zoa de *Aún es de día* o papá León de *Madera de héroe* que, retratados en su invalidez e infantilismo, sirven para resaltar la insensibilidad del entorno; asimismo, casi esperpéntico es el retrato de “el bisa” y “el abue” de *Las guerras de nuestros antepasados*, cuya demencia senil incide en la identidad y proceso psicológico del protagonista, Pacífico Pérez.

Pero, es en *La hoja roja* y en *Cartas de amor de un sexagenario voluptuoso*¹ cuando la ancianidad como tal se erige en rasgo definitorio y estigmático de los personajes. Los protagonistas de ambas novelas, Don Eloy y Eugenio Sanz Vecilla, respectivamente, son seres desvalidos en el mundo: gran parte de sus familiares y amigos ya han desaparecido y, con ellos, las referencias de toda una vida; sin un futuro por delante, sienten nostalgia del pasado, refugiándose en los recuerdos (tiempo vivencial); con la amenaza de la muerte que ahora se hace más inminente, estos hombres se aferran a la existencia, de manera más o menos consciente, debatiéndose por la búsqueda de compañía y afecto, como puntualiza Francisco Umbral: “Es triste siempre el final de una vida, cuando los recuerdos descompensan la biografía y pesa más el pasado que el presente, y el futuro no pesa nada. Es dramática la radical soledad del hombre”.²

¹ Para las referencias que hago a estas novelas en el presente trabajo, utilizaré las siguientes ediciones:

Delibes, Miguel. *La hoja roja*. Barcelona: Destino, 1967.

Delibes, Miguel. *Cartas de amor de un sexagenario voluptuoso*. Barcelona: Destino, 1983.

² Umbral, Francisco. Prólogo a *La hoja roja*. Madrid: ed. Salvat (col. R. T. V.), 1969; páginas 8-9.

Recordemos someramente el asunto de ambas novelas:

La hoja roja narra la monótona vida de un hombre de avanzada edad, Don Eloy, que vive en compañía de la Desi, muchacha joven recién llegada del pueblo para servirle. Ambos, de distinta condición social y cultural, edades, procedencia, etc., se identifican en su soledad y desamparo. En la cocina, junto al fuego, van a encontrar el calor compensatorio de la frialdad del entorno y del olvido de los suyos; allí, al evocar cada uno sus respectivas historias familiares, reconstruyen en breves trazos la vida de una ciudad de provincias (Don Eloy) y la de un pueblo (la Desi).

El cuerpo novelístico de *Cartas de amor de un sexagenario voluptuoso* está constituido por la transcripción de la correspondencia sentimental que Eugenio mantiene con una mujer, tras haber leído en los anuncios de un periódico su solicitud de relación. Eugenio va trazando su perfil humano a través de las cartas, al tiempo que deja entrever su situación y problemática actual: la necesidad afectiva.

Ambas novelas comienzan en un momento puntual: la jubilación del personaje. Este hecho, que patentiza la entrada en una etapa vital no deseable, precipita un proceso psíquico y físico al que vamos a tratar de aproximarnos. A este respecto, Alfons Auer refiere el corte significativo que supone el cese de la actividad profesional para la persona: “La vida sin los contactos habituales y los días sin la clara estructuración de la jornada laboral se vuelve enseguida insoportable”.³ Teniendo en cuenta que el hombre de sesenta y cinco años – edad de la jubilación –, dista mucho de entrar en la ancianidad como tal, debemos erradicar el mito de identificar la vejez con el cese de la actividad profesional y éste con la no validez. Es llamativo que Delibes, en la concepción de dos personajes de la misma edad, haya trazado el perfil de Don Eloy como el de un anciano achacoso y, en cambio, el de Eugenio como un tipo más jovial. La razón hay que buscarla en los distintos parámetros temporales que el autor tiene cuando escribe ambas novelas: *La hoja roja* data de 1959 – el autor tiene treinta y nueve años –, mientras que *Cartas de amor de un sexagenario voluptuoso* es de 1983 – el autor tiene sesenta y tres años –. Además, en las últimas décadas el concepto de vejez y ancianidad se ha desplazado en el tiempo.

³ Auer, Alfons. *Envejecer bien. Un estímulo ético-biológico*. Barcelona: Empresa Editorial Herder, 1997; página 35.

En el presente estudio, desarrollaremos las similitudes y diferencias entre Don Eloy y Eugenio, puesto que, aquejados de unos mismos males – soledad y miedo a la muerte –, tienen distintos modos de afrontarlos, según el grado de amenaza que suponen para cada uno y desde sus diferentes temperamentos y sensibilidades.

LA SOLEDAD

No es un estado nuevo para ellos, sino que ha sido la tónica de sus vidas. Huérfanos de padres en edad temprana, su infancia ha transcurrido al cuidado de otras personas: Don Eloy, marcado siempre por la carencia afectiva, ha sido criado por la Antonia y, más tarde, por el tío Hermene; Eugenio ha vivido siempre entre sus hermanas. En la etapa adulta, Don Eloy tampoco encontró en Lucita, su mujer, ternura y comprensión; Eugenio no se ha casado, pues, ocupado siempre en su trabajo y con las necesidades domésticas resueltas, el matrimonio no ha sido indispensable para él; además, justifica su soltería atribuyéndola a una tendencia familiar de carácter casi hereditario.

Pero este lastre que arrastran del pasado ahora se intensifica. En la actualidad, muertos sus seres más cercanos, se encuentran desvalidos: contemplan un pasado definitivamente perdido desde una perspectiva de presente en que nadie les necesita ya. Por eso, al recordar su existencia, recuperan vivencias con carácter selectivo: repiten una y otra vez episodios personales en que se sintieron queridos o se recrean recordando la eficacia de sus tareas laborales; es decir, los discursos de ambos personajes giran en torno a aquello que les reconcilia con su condición digna, la relación armoniosa del yo con el entorno.

Interiormente en disconformidad con su presente, no se resignan a la soledad; por el contrario, van a lanzarse con ahínco a la búsqueda de compañía, demandando amar y ser amados; en este sentido, Miguel Ángel Pastor ha puesto de relieve la tendencia del autor a novelar esta problemática: “Miguel Delibes se siente fuertemente atraído por esas vidas sin objetivo que se agarran al clavo ardiente de una compañía”.⁴ Lo fundamental en los protagonistas de ambas novelas es la proyección en otro ser como corroboración de que la propia per-

⁴ Pastor, Miguel Ángel. Prólogo a *La mortaja*. Madrid: Alianza Editorial, 1970; página 19.

sona no está limitada a sí misma. Cada uno llevará a cabo el proceso de búsqueda por distintas vías:

Don Eloy trata de hallar entre sus allegados referencias de su mundo anterior y, en definitiva, de sí mismo. Acude a su antiguo centro de trabajo y a la óptica de su amigo Pacheco a quien le unía la afición a la fotografía; al ir constatando progresivamente que es un estorbo, toma conciencia del rechazo ajeno. De su pasado, solamente puede contar con la compañía de su amigo Isaías: con él comparte recuerdos de toda una vida; por eso, cuando éste muere, el viejo Eloy siente que ha perdido las propias referencias vitales: “Era difícil hacerle comprender a la chica que no era el amigo sino el calor, y que no era un solo hombre el que yacía en el ataúd, sino Madame Catroux, la francesa, y su colegio de párvulos, y Poldo Pombo y su anacrónico bicicleta y las poleas gimnásticas del Doctor Sandon, y su hermana Elena, la Antonia; y la Rosina, y el tío Hermene, y el Banco Cooperativo; y Pepín Vázquez y la Paquita Ordóñez y la Casa de Baños; y Lucita y Goyito, su hijo menor, y toda una vida” (página 184). Desolado, decide entonces ir a Madrid para visitar a su hijo Leoncito; el encuentro desafortunado genera un último desengaño que constata definitivamente la soledad y abandono del anciano. De vuelta a su hogar, se acoge a la sombra tutelar de la Desi, único ser que le proporciona afecto. En la dinámica relacional entre ambos no hay búsqueda de comunicación, sino de compañía: cuando se refieren mutuamente las mismas historias o repiten frases rutinarias, no es entendimiento sino comprensión y aceptación lo que les reconforta.

Eugenio proyecta en una mujer desconocida sus anhelos de afecto y comunicación (reminiscencia de su anterior oficio periodístico). Las cartas que le escribe siguen un proceso evolutivo, manifiesto en los contenidos y patente en las fórmulas de saludo y despedida. En las ocho primeras muestra su mundo exterior y el tratamiento es distante: “distinguida amiga” y “saludos afectuosos” son respectivamente las fórmulas de apertura y cierre. De la número nueve a la quince, se va produciendo un acercamiento progresivo, desvelando poco a poco su mundo interior; “Querida Rocío” y “Piensa en usted su devoto amigo” son las fórmulas de inicio y finalización. Desde la número dieciséis hasta la treinta y nueve, las cartas adquieren un tono íntimo y toman el cariz de cartas de amor, revestidas de un cierto sensualismo y un comedido tono erótico; el contenido ahora sigue girando en torno a su yo, pero se orienta a su sentir hacia ella, integrándola en su mundo; el fervor amoroso evoluciona de ser fundamentado – aparente correspondencia – a la unilateralidad no asumida; “Amor mío” y “Vive pensando en ti” son salutación y despedida; la aparente ingenuidad en la

interpretación de los ataques que recibe, manifiesta el afán de retener este amor. Las dos últimas cartas, la cuarenta y la cuarenta y una, refieren el doble desengaño; en ellas Eugenio reprocha a su destinataria su falsedad, en disparidad con la sinceridad que él siempre ha mostrado.

Delibes expresa la falta de afecto de estos dos personajes a través de un factor altamente simbólico: el frío físico que padecen y la búsqueda material de calor sugieren, respectivamente, la frialdad del entorno hacia ellos y los anhelos de calor afectivo. Don Eloy se acerca al radiador cuando se siente rechazado en su lugar de trabajo, o busca el sol cuando pasea con Isaías; he aquí la síntesis de su pensamiento: "... y entonces pensó que lo importante en la vida era tener calor, pero el hombre precisa dos calores, pero que, puestos a ver, los dos calores eran un solo calor y por esta simple razón el hombre inventó el fuego y una vez inventado todo iba bien, y los hombres se reunían en torno y apareció una intimidad que provenía de las llamas..." (página 235) "... pero desde que vino el progreso y el calor se entubó, la comunicación se había roto" (página 184). Eugenio reconoce que la sensibilidad al frío y al calor simboliza una característica psíquica: "Hay quien genera calor dentro de sí y lo expande y quienes precisan recibirlo de fuera. Yo soy de esos últimos" (página 20).

Aun cuando la espiral de aspiraciones-frustraciones llega a una situación límite y su estado de soledad parece irremediable, ninguno de los dos personajes se entrega a su suerte, aferrándose a lo que cada uno tiene a su alcance:

Don Eloy, habiendo constatado que el verdadero calor está en la cocina junto a la Desi, pide a ésta que comparta con él los cuatro días que le quedan; el mensaje del autor no deja lugar a dudas: por encima de afinidades culturales, educacionales, etc. el auténtico lazo que une a los seres humanos es el afectivo, tal como él mismo confiesa: "... todo ser nace para aliviar la soledad de otro ser, y que el sentido de clase, la educación, etc., son fronteras convencionales levantadas entre los hombres que no tienen razón de existir".⁵

Eugenio, tras el encuentro acordado en Madrid, comprueba que Rocío no es tan joven y hermosa como su foto anunciaba sino una cincuentona fondona

⁵ Alonso de los Ríos, César. *Conversaciones con Miguel Delibes*. Barcelona: Destino (Col. Áncora y Delfín), 1993; página 74.

y avejentada y, por otra parte, verifica su indiferencia y frialdad; aún así, se resiste a interrumpir la correspondencia epistolar, pidiendo a gritos su presencia del modo que sea: “Yo debo reconocer que me he acostumbrado a usted, que necesito de usted, de sus desplantes, sus ironías, sus lamentaciones y que prescindir de pronto de todo ello me supondría un hondo desgarramiento. Lo importante en la vida es disponer de un interlocutor. Se vive para contarle, en función de un destinatario. ¿Qué hacer si éste, de pronto, desaparece? Recomencemos, pues, desde la realidad, si le es servido” (página 149). Solamente después de conocer la relación oculta de su amada con su amigo Baldomero, renuncia a mantener unos lazos insostenibles.

EL MIEDO A LA MUERTE

Ambos personajes no asumen la idea de la muerte, ni tampoco afrontan su miedo a ella. Eluden el nombrarla, pero siempre está presente en expresiones eufemísticas o en referencias simbólicas. El miedo a la muerte presenta un amplio abanico de manifestaciones.

Don Eloy expresa a su modo la preocupación por la muerte propia: repite constantemente – el título de la novela es significativo – “a mí ya me ha salido la hoja roja en el librito del papel de fumar”. Como contraste, su amigo Isaías esquivo el tema de la muerte saliendo siempre al paso, cuando conversan, con la misma frase rutinaria: “andando poquito a poco”; como refiere Alfonso Rey: “... se hace patente el contraste de actitudes que tienen ante la muerte dos ancianos de la misma edad: confiada y optimista la de Isaías, angustiada la de Don Eloy”.⁶ Eugenio, por su parte, evade el tema de modo significativo: relata todo tipo de pormenores acerca de sus dos hermanas, pero en ningún momento alude a las causas ni al trance mismo de sus muertes.

La búsqueda de afecto está directamente relacionada con el miedo a la muerte; responde, en último término, a la necesidad del hombre de sentirse vivo. La idea filosófica “siento, luego existo”, es recogida por Unamuno en la vertiente “amo, luego existo” a través de Augusto Pérez, protagonista de *Niebla*; Delibes, sin las pretensiones filosóficas del autor salmantino, muestra simplemente el vitalismo de dos hombres dispuestos a afirmar su existencia.

⁶ Rey Álvarez, Alfonso. *La originalidad novelística de Miguel Delibes*. Santiago de Compostela: Universidad de Santiago de Compostela, 1975; página 150.

De este modo, la evolución progresiva en los intentos de establecer lazos afectivos es correlativa al afán de aferrarse a la vida. Así, para Don Eloy, la línea ascendente de deseos-fracasos alcanza un punto álgido cuando es rechazado por su hijo; simultáneamente advierte que su fin está próximo – comprueba que orina sangre –; y es entonces cuando da el último y definitivo paso: eslabonarse a la Desi para tener vida lo poco que le queda ya de ella. En el caso de Eugenio, el enamoramiento progresivo no es paralelo a una situación real de correspondencia, sino que la cumbre de entusiasmo amoroso coincide con el momento en que recibe mayores desplantes de su amada; ni éstos, ni la decepción del encuentro, hacen desistir a Eugenio de sus propósitos y únicamente renuncia por una fuerza mayor: Rocío quiere a su amigo Baldomero. El sentirse vivo es, pues, lo que genera la disposición al amor del personaje.

El miedo a la muerte se manifiesta también en las obsesiones por la propia salud. Curiosamente, la sala de espera de la consulta del médico juega un papel importante en ambas novelas. Para Don Eloy, de manera indirecta, es referencia de sus reflexiones: “pensaba que... la vida era como una sala de espera y que todos andaban en ella, y que, de cuando en cuando, alguien decía: “el siguiente” y de esta manera, poco a poco, el mundo se iba renovando, porque unos entraban y otros salían, pero que más tarde o más temprano a todos les llegaría el turno” (página 180); también repite constantemente, al nombrar a su hijo Goyito o a su amigo Poldo Pombo, que “murieron sin guardar antesala”. Eugenio es precisamente en la sala de espera cuando, hojeando un periódico, decide repentinamente recortar el anuncio de solicitud de correspondencia; el móvil es para él incierto: “algo tiró de mí”... “no pude sustraerme a su llamada” (página 9); sin embargo, esta actuación impensada responde a una súbita toma de conciencia propiciada por este ámbito espacial.

La importancia que dan a la salud estos dos personajes se refleja en las manías obsesivas que ostentan: La rutina diaria de Don Eloy gira en torno a ellas, tal como son enumeradas bajo la perspectiva de la Desi: “... que el viejo fuese friolero o superpusiese la colcha a los pantalones, el chaleco y la americana; o que durmiera con la faja y los calcetines puestos; o que permaneciese arrodillado durante media hora después de las comidas para facilitar la digestión; ... o que, en suma, en primavera y verano madrugase con el alba para hacer de vientre en la espesura del parque, eran cosas que no ofendían a nadie y que a nadie perturbaban” (página 24). Eugenio, en este aspecto, es un hipocondríaco que se reconoce como tal: “Soy un enfermo saludable” (página 17); el tema de la salud ocupa para él un primer plano, mostrando una desmesurada atención a

la alimentación y digestión: refiere detalladamente tanto sus dolencias estomacales y estreñimiento, como el insomnio; se obsesiona con probar remedios para sus males que, lejos de ser un alivio, los agravan más; aun conociendo la raíz psicósomática de sus padecimientos, no puede poner solución: “Mi vientre perezoso es, según el Doctor Romero, otra manifestación de la distonía neurovegetativa que tantos trastornos me causa” (página 90).

En síntesis y como balance general, Don Eloy y Eugenio, aferrados a la vida, tratan de rescatar lo que, en última instancia, les confirma en ella: la referencia de los demás. La búsqueda de compañía es la necesidad de proyección del yo en el otro en una dinámica de reciprocidad.

He dejado al margen de este estudio al señor Cayo, protagonista de *El disputado voto del señor Cayo*, pues la intencionalidad del autor no ha sido presentar la ancianidad como tal, sino que esta novela está concebida desde otra problemática distinta. No obstante, quisiera señalar el carácter contrapuntístico de este personaje con los analizados anteriormente. El señor Cayo no siente soledad ni miedo a la muerte a pesar de sus setenta y dos años y de ser el único habitante de un pueblo abandonado. La autosuficiencia en su mundo del que recibe todo lo que necesita, le hace sentirse vivo, dándole la pauta de sí mismo. El hombre del campo no pasa por el trance de la jubilación y, por tanto, no existe para él ese corte radical que anuncia la entrada en la etapa (...) de la vida; por otra parte, ve la muerte como un proceso natural integrado en la Naturaleza, de la que él forma parte.

Finalmente y para concluir, resaltaré algunas ideas básicas: Delibes novela el vivir diario del hombre corriente y poco relevante. Apunta directamente a las amenazas que planean sobre él: la soledad y la muerte, entre otras. Nos hemos ocupado de dos novelas, *La hoja roja* y *Cartas de amor de un sexagenario voluptuoso*, cuyos protagonistas se hallan enclavados en una etapa vital especialmente afectada por dichas amenazas. El mensaje de Delibes es de denuncia hacia la insolidaridad social que, en una escala de valores cada vez más materialista, relega al hombre no productivo: es una llamada de atención a la sociedad en general, cuyo engranaje competitivo sólo tiene en cuenta a los triunfadores. En todas sus novelas, el autor pone de relieve la falta de aceptación de unas edades respecto a otras; pero, si cabe, hace más hincapié en la incompreensión hacia aquellos a los que la proximidad de la muerte hace más vulnerables y requieren, por tanto, una mayor sensibilidad de los demás.